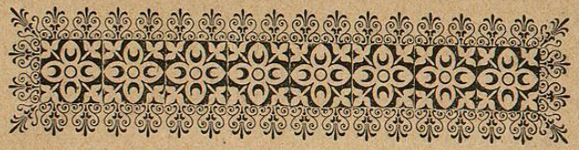

CAPÍTULO VI

NUEVOS TRABAJOS

I

Vivía en la ciudad de Toledo un honrado mercader, llamado Martín Ramírez, muy religioso y de crecida hacienda, que sólo debía á su constante trabajo. No había querido casarse, y, sin embargo, se mostraba infatigable en sus tareas, hasta el punto de que le tacharan de ambiciso. Cuando en son de broma le hablaban de ello, se reía y nada contestaba; mas apremiado una vez por sus amigos con multiplicadas preguntas, respondió:

—Ya que os cuidáis tanto del empleo que pienso dar á mi fortuna, sabed que trato de hacer con ella una obra meritoria al Señor.

Los curiosos no dieron crédito á lo que oían; ¡tan natural es en las criaturas la desconfianza y la malicia! Pero los hechos confirmaron que el buen Ramírez había dicho la verdad.

Hallábase por este tiempo en Toledo un jesuíta llamado el P. Paulo Hernández, que había conocido en Avila á Teresa de Jesús, y aun la confesó algún tiempo, por lo cual tenía tan alta idea de sus méritos que solía decir: «*La Madre Teresa de Jesús es muy gran mujer de tejas abajo, y mucho mayor de tejas arriba*»; queriendo significar con esto que si en prudencia y sabiduría no tenía igual para los negocios de la tierra, su espíritu valía extraordinariamente en la presencia de Dios.

Una noche, á la hora que el P. Hernández iba á recogerse, vinieron á llamarle para asistir á un enfermo de suma gravedad: era éste Martín Ramírez, que, aunque por momentos aguardaba la muerte, conservaba perfecta lucidez de ideas, y hablaba con tal serenidad á su hermano Alonso de la próxima partida, que se hubiera creído al escucharle que trataba sólo de una corta ausencia.

Alegróse mucho de ver al jesuíta, á quien había enviado á llamar, porque su fama de santo y de letrado le inspiraban deseos de consultarle sobre sus postreras disposiciones; Alonso iba á retirarse, pero Martín lo detuvo.

—No te vayas todavía,—dijo:—tenemos algo que tratar, de que tú debes ser testigo.

Y vuelto al sacerdote, prosiguió:

—He llamado á vuesa merced para que me aconseje lo que debo hacer; mis negocios en la tierra están concluídos: mi hermano y heredero, conforme con mi voluntad; pero demás de la hacienda que por ésta le pertenece, tengo harto caudal, que deseo se gaste en sufragios por mi alma. ¿Qué obra podría hacerse con él?

—¿Le parecería bien un convento de carmelitas descalzas?—dijo el P. Hernández, que al responder con esta pregunta pensaba en la falta que hacía en Toledo el Instituto reformado de Teresa de Jesús.

—Mejor de lo que podría explicar,—repuso el moribundo con una sonrisa;—he oído hablar (siempre con grandes elogios) á mi señora Doña Luisa de la Cerda de la fundadora de tan benditas Casas; hecho está, Padre mío, á condición que se funden en algunas capellanías, que son mi principal deseo.

Sintióse en esto el enfermo acometido de grave congoja, y permaneció buen rato como desmayado; mas apenas vuelto en sí, prosiguió animosamente:

—Ya veis que no puedo dejarlo todo arreglado como fuera mi voluntad; pero testigo sois de ella, y os encargo cumplirla por entero; ahora, Alonso, retírate, y vos, Padre, escuchadme en confesión.

Una hora después expiraba Martín Ramírez, y á los cuatro días salía de Toledo un propio con cartas del P. Hernández y de Alonso Alvarez, por las cuales llamaban á Teresa para cumplir sin retardo las intenciones del generoso donador.

II

Sabemos ya que la santa Madre había salido de Valladolid; añadiremos que en esta expedición sólo llevaba de compañeras á Isabel de San Pablo é Isabel de Santo Domingo, preciosas azucenas del religioso jardín vallisoletano. Llegó á Toledo,

y Doña Luisa de la Cerda la recibió con el cariñoso agasajo que tanto mortificaba la humildad de Teresa; sabedora la viuda del motivo que llevaba allí á su amiga, se propuso favorecerla en cuanto estuviera de su parte.

Al día siguiente de la llegada fueron á ver á la fundadora el P. Hernández y el hermano de Martín Ramírez, y comenzaron los tratos; pero tales eran las condiciones que Alonso ponía, y tantas las dificultades con que su yerno, Diego Ortiz, atajaba las negociaciones, que nada se adelantaban. Además, el ser Toledo en aquella época sede vacante, y el gobernador del arzobispado quien debía dar las licencias, ofrecía nuevos obstáculos; de modo que lo que desde Valladolid parecía hecho, una vez en la imperial ciudad podía creerse imposible.

¿Cómo remediar esta situación una pobre monja desprovista de todo? De una parte, sus hijas la llamaban con vivas instancias para dirigir y acrecentar los recién fundados conventos; de otra Alonso Alvarez, hostigado por Ortiz, se declaraba abiertamente en rebeldía; y, por último, el licenciado Gómez Girón, gobernador del arzobispado, amenazaba negar en absoluto la licencia; mucho sentía la fundadora tener que irse sin lograr el objeto que había motivado su viaje; pero de tantas nubes se cargaba el horizonte, que no una mujer, sino el hombre de ánimo más entero, habría desesperado de llevar á buen término asunto que no daba ya ni esperanzas.

III

Una mañana muy temprano se dirigió Teresa á la catedral, é hizo llamar al canónigo D. Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla y muy afecto á la obra que la santa Madre se proponía hacer.

—Señor mío, —le dijo la fundadora apenas recibió sus saludos:—si vuesa merced tiene interés en que se despachen favorablemente mis negocios, buena prueba de ello puede darme ahora mismo.

—Hable su reverencia, que bien sabe cuánto deseo servirla, —repuso el canónigo respetuosamente.

—Quiero ver y hablar al licenciado Gómez Girón, y para esto cuento con que vuesa merced le incline á venir aquí; él no ha querido pasar por casa de mi señora Doña Luisa, pero no puede negarse á verme en la de Dios.

—Voy á buscarle, y espero que podré traerle conmigo, —contestó D. Pedro.

Márchose al punto, y Teresa quedó sola, arrodillada y absorta en sus pensamientos, hasta que oyó rumor de pasos y se levantó para recibir á los que venían.

En efecto: el canónigo Manrique llegaba en compañía del gobernador del arzobispado.

—Aquí tenéis, Madre Teresa, al Sr. Gómez Girón, —dijo el primero con afectada tranquilidad: —con su licencia y la vuestra, me retiro por unos momentos.

Y se esquivó prudentemente para no ser tes-

tigo de la negativa que sin duda iba á recibir la humilde religiosa.

Pálida, pero resuelta y de pie, estaba Teresa de Jesús frente del que sin conocerla se le mostraba enemigo. Era éste anciano y de elevada estatura, grave rostro é imponente ademán; unas cejas espesas, que se unían y contrastaban con la frente dilatada por una calvicie cuyos límites no era fácil marcar, hacían más sombría y adusta la expresión del semblante, que hubiera desde luego inspirado temor á cualquiera que no fuese la animosa fundadora.

—Hable su reverencia, pues me tiene aquí, —dijo con desabrimiento el Licenciado,— y procure ser breve, pues me reclaman asuntos de gran interés.

—Trataré de obedeceros, señor,—repuso la santa Madre, que, á pesar de su humildad, sentía energía desusada,—y empezaré por decir «que es recia cosa que haya mujeres que quieran vivir con rigor, perfección y encerramiento, y que los que no pasan nada de eso, sino que están entre regalos, quieran estorbar obras que son para el servicio del Señor».

—Paréceme que os adelantáis á reconvenirme,—dijo irritado el Gobernador;—y si proseguís de esa manera, me haréis arrepentir de haber condescendido á vuestro ruego.

—No permita Dios que yo ofenda á nadie, y á vuestra señoría mucho menos; pero considere «que hace más de dos meses vine á esta ciudad, no á verla ni á holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y el bien de las almas, y hacer á Su Majestad en esta ciudad el servicio

que en otras, aunque indigna, le he hecho de fundar conventos de monjas descalzas que guarden la primera Regla de Nuestra Señora del Carmen, y para esto traigo religiosas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras, virtud y dignidad de su señoría favorecer á unas mujeres pobres en cosa tan santa, y animarlas á que pasasen adelante, pues le tiene Dios puesto en su lugar.»

—Madre Teresa, Madre Teresa,—exclamó aún más soberbio el que tan justos cargos merecía; — preveo que, en vez de ganar su causa, su reverencia la pierde sin remedio.»

—Por perdida la tuve cuando he llegado al extremo de molestar á su señoría; mas habrá de perdonarme que siga hablando con la verdad y llaneza que Dios y mi conciencia me inspiran. «El hecho es que Casas tenemos donde vivir, y si nos volvemos á ellas poco podemos aventurar, pues no tenemos que perder en este mundo; pero su señoría vea lo que podrá perder esta ciudad, y cuán á su cuenta sería, si se dejase de hacer; ¿cómo se podrá disculpar cuando esté delante de Jesucristo, Señor nuestro, por cuyo amor y voluntad hemos venido, si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por Él para ayudar con todas sus fuerzas lo que sea en servicio suyo?» (P. Yepes, lib. II, fol. 322.)

Estas razones, y más que todo lo persuasivo del acento, hicieron gran impresión en el Liecnciado; guardó silencio algunos instantes, y luego alzó resueltamente la cabeza.

—¿De modo que lo único que falta para la fundación es mi licencia?—preguntó con tono menos áspero del que antes usaba.

—Lo único, — repuso animosamente la santa Madre, que jamás se preocupaba por la falta de dinero.

—Entonces contadla por hecha; os doy la más absoluta de las licencias, pero con una condición.

—La acepto desde luego.

—Que no tenga patrón, fundador, ni rentas.

—Su señoría adivina mis deseos, — respondió alegremente Teresa de Jesús; —nunca estoy más contenta que cuando es así.

—Entonces id con Dios, y *Él* os guarde.

Saludó con humildad la religiosa, y se alejó; á los pocos pasos encontró á D. Pedro Manrique, que le esperaba ansioso por conocer el resultado de la entrevista.

—Y bien,—interrogó con viva inquietud el canónigo.

—Me ha dado la licencia que le pedía.

—Hasta ahora no he creído que su reverencia hacía milagros,—replicó el bueno de Manrique,— porque sin uno de ellos era imposible que cediera el licenciado Girón.

—¡Gloria á Dios para siempre!—exclamó con expresión de viva fe Teresa.—¡*Él* es quien mueve los corazones como absoluto dueño!

IV

Al volver á casa de la viuda de Arias Pardo, vió la santa Madre que en un poyo de piedra del anchuroso zaguán esperaba sentado un mancebo pobre, pero aseadamente vestido en hábito estudiantil; púsose en pie, y adelantó á ella con el

sombrero en la mano, mientras la religiosa se detenía para mirar á aquel sujeto enteramente desconocido.

Era muy joven, de faz humilde y cándida; las abultadas facciones, ojos azules y lacios cabellos, formaban un conjunto poco agradable; pero la benévola expresión del rostro y el esmero de su traje, en que, si se podían contar los hilos del tejido, no había un agujero ni una mancha, predisponían en su favor. Plantado sobre las anchas caderas, adelantaba torpemente uno de los pies, calzados con enormes zapatos, y se balanceaba sin cesar; parecía querer hacer una pregunta, pero no tenía determinación para ello, y su aire bobo y espantado habría hecho reir á quien no tuviera los graves cuidados que asediaban á la fundadora.

—¿Es su reverencia la Madre Teresa de Jesús? — preguntó al cabo, mientras daba vueltas entre las manos al raído sombrero.

— Sí, — repuso con bondad la interpelada. — ¿Y vos quién sois?

— Cosme Andrada, para servirla, de quien le habló mi Padre confesor Fr. Martín de la Cruz, y vengo porque me ha encargado que me ponga á sus órdenes para cuanto haya menester.

Antes de contestarle, Teresa dirigió una rápida ojeada al que de tan buena voluntad se ofrecía, y no le satisfizo el aspecto en modo alguno; aquella continua sonrisa, que permitía ver dos filas de dientes blancos y deformes; aquellos ojos sin expresión, donde no ardía ni una chispa de inteligencia, la retraían de ocuparlo en nada; pero al mismo tiempo pensó que Doña Luisa y sus amigas buscaban hacía dos meses casa que